

VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2016.

El carácter bifásico del ich. Sus relaciones con el objeto, el deseo y la realidad.

Sourigues, Santiago.

Cita:

Sourigues, Santiago (2016). *El carácter bifásico del ich. Sus relaciones con el objeto, el deseo y la realidad. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-044/856>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eATh/twK>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL CARÁCTER BIFÁSICO DEL ICH. SUS RELACIONES CON EL OBJETO, EL DESEO Y LA REALIDAD

Sourigues, Santiago

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

En este artículo proponemos explorar la constitución del yo a partir de una serie de nociones presentes en el “Proyecto de psicología” de Freud. Este eje central será trabajado en sus vinculaciones con las nociones de afecto, deseo, realidad y de proceso psíquico primario y proceso secundario. Nos valdremos, asimismo, de la lectura del Proyecto... realizada por Lacan en El seminario VII, así como también de algunos desarrollos presentes en los escritos tempranos de Lacan sobre el semejante y la noción de imago y la relación de ésta con la libido y la pulsión, advirtiendo cómo el retorno de Lacan a Freud, para ir a contramano del posfreudismo, se apoya en el recurso argumentativo a la fenomenología.

Palabras clave

Ich (Yo), Semejante, Deseo, Objeto

ABSTRACT

THE TWO-PHASE CHARACTER OF THE ICH. ITS RELATIONS TO THE FELLOW-MAN, DESIRE AND OBJECT

In this article, it is our proposal to explore the constitution of the self from a series of notions present in Freud's early Project of Psychology. This central axis will be developed in its relations to the notions of affection, desire, reality and primary and secondary process. To that end, it will be useful recovering some considerations laid out in The interpretation of dreams. We will make use, in addition, of the reading of the Project... made by Lacan throughout his Seminar VII, as well as of some of his early developments on the fellow-man, the notion of imago and its relation to libido and drive, realizing how in his return to Freud, in order to advance against posfreudism, relies on an argumentative appeal to phenomenology.

Key words

Ich (Self), Fellow-man, Desire, Drive

El Ich en el “Entwurf...” y sus paradojas

Siendo tal vez una de las nociones más polémicas del corpus psicoanalítico, el *Ich* no es de reciente data. Es ya tempranamente en el *Proyecto...* que Freud concibe al yo en el apartado denominado “Introducción del Yo”, donde su constitución es referida a un conjunto de neuronas constantemente investidas. Así, lo que da cuenta de la organización del yo es dicho núcleo neuronal de investidura constante (*Gleichbesetzung*), junto con las facilitaciones entre neuronas que ligan a éstas con las imágenes mnémicas asociadas tanto a la huella mnémica del objeto de la vivencia de satisfacción como a la huella mnémica del objeto hostil de la vivencia de dolor. El yo, además, cumple una *función inhibitoria* respecto de los procesos psíquicos primarios, y deviene el epítome de los procesos secundarios, asociados a la inhibición de la alucinación desiderativa emprendida por la vía regresiva (en contraposición con la vía progresiva que va del estímulo a la respuesta en la *acción específica*),

pero también a la disminución de la repetición de vivencias de afecto y dolor por medio de investiduras colaterales que actúan como barreras frente al desprendimiento de cantidad que es producto del decurso que va de la imagen-recuerdo del objeto hostil al desprendimiento de displacer. Por lo tanto, cumple la función de inhibir, tanto en el caso del deseo como de los afectos, procesos psíquicos que lo anteceden, es decir, primarios respecto de su funcionamiento. Se comprende, así, que Freud designe al yo como el “portador del reservorio [de cantidad] exigido por la función secundaria”.

Nótese que ya en esta primera presentación del yo nos encontramos con una serie de aspectos que recogeremos sucesivamente a lo largo de nuestra exposición. En primer lugar, la organización del yo incluye las facilitaciones dirigidas al objeto. Aparece, por lo tanto, en su constitución misma, ligado al objeto. Segundo, si el deseo es de naturaleza eminentemente alucinatoria, el yo, volviendo sobre lo anterior, contiene en su núcleo mismo una estrecha relación con el deseo y con la alucinación. Tercero, si el yo es el baluarte de los “signos de cualidad o de realidad objetiva” al erigirse parámetro de distinción entre percepción y recuerdo por servir su investidura constante como referencia para sopesar la investidura de los objetos del recuerdo y de la percepción, la percepción y la realidad objetiva son de naturaleza alucinatoria (por necesitar para su constitución de una investidura constante que les sirva de criterio). De ello se sigue el carácter paradójico de la realidad en Freud: no sólo no está dada de antemano y está constituida en función de procesos psíquicos secundarios, sino que además es una realidad que se vale de un deseo de naturaleza alucinatoria para organizarse. En palabras de Lacan, lo leemos del siguiente modo:

“Sin algo que lo alucine como sistema de referencia, ningún mundo de la percepción llega a ordenarse de modo valedero, a constituirse de manera humana. El mundo de la percepción nos es dado por Freud como dependiente de esa alucinación fundamental sin la cual no habría ninguna atención posible.” (Lacan, 1959-1960, p.98)

El párrafo anterior, por otro lado, nos lleva a otra paradoja, la del yo. Si esta organización por un lado es inhibitoria respecto de los procesos primarios de la alucinación propia de los “estados de deseo”, por otro lado, contiene en su núcleo una facilitación ligada al objeto. Y, finalmente, una tercera paradoja, la del objeto y el deseo. Si bien en una lectura superficial pueden parecernos el objeto de la vivencia de satisfacción y el de la vivencia de dolor irreconciliablemente separados, un examen más detallado revela que, en última instancia, son el mismo. Para averiguarlo, basta con analizar la secuencia lógica en que consiste una y otra vivencia, para arribar a la conclusión de que ambas parten de una misma estructura común: el desprendimiento de displacer y la subsiguiente descarga por medio del llanto, faltando la acción específica. La diferencia radica, pues, en que en la vivencia de satisfacción se presenta, habiéndose ya presentado todas las variables concernientes a la vivencia de dolor (esto es, el desprendimiento de cantidad que es vivido como displacer y el desencadenamiento de la descarga por medio del llanto), la *acción específica* realizada por el *auxilio ajeno*, por ese Otro involvi-

dable, adquiriendo retroactivamente la vía de descarga una función secundaria de entendimiento o comunicación (*Verständnis*). La vivencia de dolor quedaría definida entonces como la resultante del desprendimiento de displacer sin acción específica. De esto mismo da cuenta el propio Freud (1895), cuando, al presentar el complejo del prójimo/semillante (*Neben-mensch*), afirma: “*Un objeto como este es simultáneamente el primer objeto de satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador.*”

Estos señalamientos tienen consecuencias de importancia no menor. Ellos figuran, pues, una confluencia originaria de deseo y afecto en torno de un mismo objeto, que presenta necesariamente ambas caras: para advenir hostil precisa previamente ser el objeto que brindará auxilio por medio de la acción específica. Es sólo en este sentido que cobrará fuerza la invención freudiana del psicoanálisis como fundamento de una ética que no es la de un bienestar ni la de una felicidad absoluta, sino la de un deseo incardinado de afecto, un bien que nunca dejará de implicar un mal: el objeto al que apunta el deseo se constituye con antecendencia respecto de sus aspectos cualitativos (escindible en sus aspectos juzgables buenos y malos), antecendencia que es condición sine qua non de la constitución de su dimensión cualitativa y, por lo tanto de la realidad.

La estructura antihomeostática de la realidad

Si bien a primera vista podríamos limitarnos a concebir el proceso primario como eminentemente regresivo y alucinatorio, es decir, antihomeostático, y el proceso secundario (como explicamos en el párrafo anterior, indisociablemente unido a la realidad y al yo) como adaptativo, por su operación correctiva respecto de lo antihomeostático de los procesos primarios, esto no es exhaustivo en modo alguno. Huelga destacar, pues, que el proceso secundario, presenta también dos fases. Por un lado, inhibe la vía regresiva de la libido hasta el investimiento de la huella mnémica del *objeto de satisfacción* para orientarla por la vía progresiva de la acción específica, deteniendo: “la regresión completa, de suerte que no vaya más allá de la imagen mnémica y desde esta pueda buscar otro camino que lleve, en definitiva, a establecer desde el mundo exterior la identidad (perceptiva) deseada.” (Las negritas son nuestras).

La inhibición de la regresión no es absoluta: el proceso secundario no inhibe los procesos primarios sino apoyándose sobre la imagen mnémica del objeto de satisfacción. Sólo así puede el yo emprender la vía progresiva de la realidad. Esta inhibición de la regresión y posterior establecimiento de búsqueda del objeto en el mundo exterior cancelaría la necesidad de establecer la identidad perceptiva por medio de la alucinación desiderativa. Ahora bien, como la vía progresiva “se urde **desde** la imagen mnémica del objeto deseado”, hasta el establecimiento de dicha identidad perceptiva en el mundo exterior, “no es otra cosa que un **rodeo** para el cumplimiento de deseo (...). Por tanto, el pensar no es sino el sustituto del deseo alucinatorio.” (Las negritas son nuestras).

Esto nos lleva entonces a la segunda arista del proceso secundario, concerniente a la retención de un mínimo de carga necesario para el funcionamiento del aparato, pues la descarga completa significaría la muerte del mismo. Cabe decir, este proceso se caracteriza por hacer subsistir un elemento que va por fuera de la homeostasis, pues conduce al deseo, y por lo tanto, al afecto (si bien por la vía del mundo exterior, distinta de la de la regresión). El pensamiento, el proceso secundario, el yo y la realidad a él aparejados, aparecen, así, encaminados en su horizonte hacia el mismo objeto al que la regresión alucinatorio-desiderativa apuntaba, pero con dos salvedades: primero, la vía de establecimiento de identidad perceptiva (regresiva en el proceso primario, vía el mundo exterior en el se-

cundario). Segundo, la dimensión temporal que supone: inmediatez de la corta vía de la regresión en el proceso primario, *rodeo para el cumplimiento de deseo* en el proceso secundario.

Descubrimos, a partir de lo anterior, que el proceso secundario preserva un resto antihomeostático en la base de su funcionamiento, que no es sino aquello a lo que el proceso primario apunta. De este modo, se comprende que al decir en la *Interpretación de los sueños* que es la permanencia de la “*Not des Lebens*” (necesidad de la vida) aquello que inhibe la vía regresiva, lo entendemos como necesidad de la vida en términos lógicos y no biológicos, de ahí el empleo del singular y no del plural en la expresión. No es menor, además, el carácter ambivalente (y no instintivo) de esta necesidad, de una índole tan particular. Guía al psiquismo hacia la satisfacción de la necesidad por medio del establecimiento de identidad perceptiva desde el mundo exterior, pero es ella misma también la encargada de inhibir una descarga completa, es decir, de no agotar ese **resto necesario** para su funcionamiento (resto que comporta un **displacer** supuesto por la cantidad no descargada.). Así, podemos afirmar que el proceso secundario preserva un resto operatorio que se presenta en relación al deseo, y en consiguiente, al afecto. Dista, entonces, por su faz retentiva de carga, de ser un proceso adaptativo y homeostático, para entrelazarse a un deseo ligado a la muerte, vínculo mortificante que, no obstante, es condición necesaria de la vida (*Not des Lebens*).

Gleichbesetzung y Not des Lebens en el matema i(a) de Lacan

La mentada cara desadaptativa del proceso secundario que trabajamos con anterioridad la volvemos a encontrar en “*El Seminario VII*”, donde Lacan señala que si la estructura regula la descarga, la función la retiene. Ubica así la descarga del lado de la respuesta en el esquema del arco reflejo del que Freud se vale para esbozar una primera tópica del aparato psíquico, mientras que al Ich lo sitúa al nivel de una función que retiene ese mínimo de carga constante (*Gleichbesetzung*), de carácter necesario para el funcionamiento del aparato, y que por eso ubicamos como “*Not des Lebens*”. Por lo tanto, si la descarga lleva hacia la homeostasis, el aspecto retentivo del Ich (por la investidura constante que preserva) se nos revela como antihomeostático, operando como trasfondo de su función de descarga homeostática por medio del establecimiento de la identidad de percepción con el objeto desde el mundo exterior.

Es en el marco de todas las referencias anteriores, por lo tanto, que emplazamos la escritura algebraica del Ich como *i(a)* realizada por Lacan, al ubicar al objeto *a* incardinado en el núcleo del yo como centro regulatorio de su función. Si en un sentido afirmamos del objeto *a* que es el núcleo real del yo, diremos que es también el *núcleo de esquizia de la pretendida síntesis del yo*, pero además, el *núcleo alucinatorio de la realidad*. Hemos dado aquí con un punto de partida para introducir una relación particular del yo con lo real y por ende, con el deseo y con el goce vía el objeto *a*, lo que nos pone a resguardo del reduccionismo del yo a su arista imaginaria.

Este matema nos habilita una relectura del complejo del *Nebenmensch*[1], semejante del yo, pues es el prójimo, señala Freud (1895), el que brinda la percepción primera y, por lo tanto, aquel elemento en relación al cual se organizan los procesos primarios y secundarios, al tiempo que es el objeto de las vivencias de satisfacción y de dolor. De este modo, podemos articular los dos componentes del complejo presentados por Freud con las dos aristas del yo revestidas por el matema. Por un lado, aquello que es cualidad, solidario de los signos de cualidad/realidad, propios del juicio, y de la distinción placer-displacer -*Lust* o *Unlust*- (arista imaginaria del yo, “*i*” en el matema). Por otro lado, aquello que es *das Ding*,

componente que es experimentado en forma reunida o conjunta y se impone como una estructura o trabazón constante[iij] y que por lo tanto es parte inasimilable (*unassimilierbaren Teil*), no-inteligida/incomprendida (*unverstandenen Teil*). Esta parte es solidaria del primer objeto de satisfacción, *Befriedigungsobjekt*, cuya huella mnémica el proceso primario busca reinvestir por la vía regresiva de la alucinación desiderativa, pero *simultáneamente* objeto hostil de la vivencia de dolor, *das feindliche Objekt*. Por lo tanto, la parte-cosa (*Ding*) del complejo del semejante está asociada al momento lógico anterior al juicio y al pensamiento del proceso secundario (pero condición *sine qua non* de estas funciones), está más allá de las categorías cualitativas de *Lust* y *Unlust*, y por lo tanto se inscribe más allá del principio del placer. He aquí la faz real del yo, “a” en el matema, que es luego revestido imaginariamente por las galas narcisistas, matematizadas por la “i” y los paréntesis.

Será, pues, dicho matema, *i(a)*, lo que condensará el conjunto de paradojas y ambivalencias hasta aquí abordadas, a saber: la de la realidad, la del yo, la del objeto y del deseo y la del estatuto de la necesidad que habita al yo, conceptualizada en función de la *Not des Lebens*.

Huelga en este punto recordar que es para Lacan el semejante (que aquí articularemos al *Nebenmensch* no debido a una cuestión de coincidencia azarosa entre los términos, sino más bien centrándonos en el conocimiento de Lacan de la lengua alemana, hecho que no podemos ignorar) aquel con cuya *imago* el yo se identifica y se constituye. No obstante, como observaremos a continuación, el anclaje de Lacan en el complejo del *Nebenmensch* para la formulación de su teoría del yo en las elaboraciones sobre el estadio del espejo se extiende mucho más allá del carácter bifásico de dicha instancia, incluyendo también los procesos de la percepción, la memoria y el juicio.

La imago y la fundamentación objetal del desarrollo

Recolectando lo deducido de nuestros desarrollos sobre el complejo del *Nebenmensch*, podemos ahora abordar con mayor claridad las funciones que Lacan atribuye a la *imago* en sus primeros escritos. De este modo, lo que en *Más allá del principio de realidad* (1936) Lacan introduce como la *función informadora* de la *imago* respecto de la intuición, la memoria y el desarrollo, es decir, la asimilación global de una estructura (forma total del cuerpo que le es dada al sujeto como *Gestalt*), está asentada sobre *complejos*, conjuntos de *relaciones psíquicas fundamentales* en las que se expresa una determinada *estructura social*. Es decir, son los complejos los encargados de instaurar *imagos* que informarán el comportamiento al desarrollar *identificaciones*. Nótese el empleo que aquí se hace de la noción de *complejo*, articulada en este caso a la identificación a la *imago* y la organización de la intuición, y su relación con el complejo freudiano del *Nebenmensch*, organizador de los complejos perceptivos, del recordar, del juzgar y de los procesos primarios y secundarios.

En la misma línea planteará Lacan en el texto sobre el estadio del espejo del año 1949, que en la *Gestalt* del cuerpo ubica al *yo-ideal*, “tronco de las identificaciones secundarias” con funciones de “normalización libidinal” bajo el cual sitúa al yo como instancia, y que el estadio del espejo revela un cierto “dinamismo libidinal” y provee la “estructura ontológica del mundo humano”. Esta captación a partir de la imagen especular, que no es sino la “*imago del semejante*”, se halla en el fundamento de la reacción conceptualizada por Bühler bajo el nombre de *transitivismo*: el yo se constituye en el otro, pues se identifica en su sentir de sí con y en el otro.

Encontramos así dos vertientes de análisis en lo concerniente al yo: una, ligada a la constitución de la realidad y de la experiencia

espacio-temporal, cabe decir, de la intuición, y la otra, relacionada con la vertiente libidinal que atañe al yo. Nos parece aquí desacertado considerar la homología entre el yo y el fantasma (axioma de la realidad psíquica) que Lacan habrá de introducir años más tarde, en el Seminario X, para ubicar en él al objeto *a* como *objeto meta del deseo* (vale decir, no causa), que organiza la búsqueda, el rodeo que apunta al establecimiento de la identidad de percepción del objeto de satisfacción desde el mundo exterior. Ello nos permite derivar, por lo tanto, cómo la realidad se constituye no en función de una realidad objetiva ya-ahí-lista para ser representada por un sujeto-polípero-de-imágenes ya-presto-a-representarla, sino en función de una estructuración del deseo y su objeto y la consecuente información producida en el desarrollo de los procesos de la intuición, la memoria y el juicio. Esta cara del yo en relación con el objeto, a menudo olvidada tras el velo de las galas narcisistas que cubren al objeto, aparece reiteradas veces en distintos contextos en los citados escritos de Lacan. Por ejemplo, al hablar de la función de desconocimiento, que constituye “la esencia fenomenológica del yo”, donde dice: “si la *Verneinung* representa su forma patente, latentes en su mayor parte quedarán sus efectos mientras no sean iluminados por alguna luz donde se manifiesta el ello”.

El carácter del ello (ligado por Lacan en estos escritos a las *Triebe*) como efecto latente velado por el desconocimiento del yo, por otro lado, reaparece en relación al *instinto/pulsión de muerte*:

“En ese nudo yace, en efecto, la relación de la imagen con la tendencia suicida esencialmente expresada por el mito de Narciso. Esta tendencia suicida, que a nuestro parecer representa lo que Freud procuró situar en su metapsicología con el nombre de instinto de muerte, o también de masoquismo primordial, depende, para nosotros, del hecho de que la muerte del hombre, mucho antes de reflejarse [...] en su pensamiento, se halla por el hombre experimentada en la fase de miseria original que el hombre vive, desde el traumatismo del nacimiento hasta el fin de los primeros seis meses de prematuración fisiológica [...]”.

Subyacente al nudo narcisista, además de la pulsión de muerte, encontramos la prematuración fisiológica y los traumatismos del nacimiento y del destete, siendo estos últimos tres factores indisolubles de la necesidad de la *fremde Hilfe* (Ayuda del extraño), consecuencia de la *Hilflosigkeit* (Desamparo, “des-ayudidad”) original del hombre, lugar que ubicará al sujeto (y la constitución de su dolor, su satisfacción, su deseo y su realidad) en relación a ese Otro inolvidable que realiza la acción específica y es el único poder auxiliador/de ayuda (*die einzig helfende Macht*).

Conclusiones

En el decurso de este trabajo hemos ido desbrozando una serie de referencias sobre el yo y su articulación con el complejo del semejante en la obra temprana de Freud, las cuales son retomadas por Lacan. No obstante, ha menester aquí destacar el esfuerzo de Lacan por tomar distancia de la metapsicología freudiana, lo cual lo lleva a distanciarse de los planteos cuantitativos. En lugar de ello, Lacan preconiza “la esencia fenomenológica del yo”, la cual reconoce en la *Verneinung desconocedora*. Es decir, se opone desde un planteo fenomenológico a la teoría de la fundamentación del yo a partir del principio de realidad, lectura frecuente en el contexto del posfreudismo, la cual, Lacan sostiene, no es fiel a las intuiciones clínicas de la experiencia freudiana. No obstante, ello lo no implica que Lacan reniegue de la relación del yo con la realidad. Por el contrario, fiel a la letra del *Entwurf*..., retoma el argumento de Freud según el cual la realidad se funda sobre la satisfacción y el dolor producidos por el *Nebenmensch* primordial, estabilizándose al dinamizar libidinal-

mente los procesos primarios y secundarios por medio del impedimento de la regresión alucinatoria absoluta hacia el objeto, lo cual lleva al surgimiento del deseo bajo una forma temporal de *rodeo*. Correlativamente, los procesos perceptivos y judicativos adoptan un curso de desarrollo no contenido en ningún programa biológico de despliegue automático. Por lo tanto, apoyándose en el recurso a la estructura formal fenomenológica de lo fundante y lo derivado, retorna a Freud, trascendiendo el olvido posfreudiano que basa el yo en la percepción y la realidad y lo escinde del proceso primario y la alucinación. Lacan no deja de afirmar la formación que instaura la imago en la estructura espacio-temporal del mundo humano, la intuición, la memoria y el desarrollo, sólo que no son dichos procesos un dato primario y fundante, de despliegue genético automático, sino que son derivados de una relación al *Nebemensch* que es más original y fundante. No es la realidad la que funda el yo, sino la realidad libidinal la que funda al yo, realidad inscrita “más allá del principio de realidad”. Es decir, volviendo a Freud, invierte el argumento: la realidad está fundada en la alucinación, el yo tiene una fundación antihomeostática, es ilusión de omnipotencia sobre un fondo de fragmentación, trauma, pulsión y muerte.

NOTAS

[i] Este complejo es esbozado por Freud del siguiente modo: “El complejo-percepción se descompondrá (...) en un ingrediente neurona *a*, justamente, que las más de las veces permanece idéntico, y en un segundo, neurona *b*, que casi siempre varía. Después el lenguaje creará para esta descomposición el término ‘juicio’, y desentrañará la semejanza que de hecho existe entre el núcleo del yo y el ingrediente constante de percepción [por un lado], las investiduras cambiantes dentro del manto y el ingrediente inconstante [por el otro]; la neurona *a* será nombrada la cosa del mundo [Ding], y la neurona *b*, su actividad o propiedad –en suma su predicado–.” [ii] “[...] *von denen der eine [teile] durch konstantes Gefüge imponiert, als Ding beisammen bleibt*” (Freud, 1895)

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1895). *Entwurf einer Psychologie*. Frankfurt am Main: Fischer Verlag GmbH.
- Freud, S. (1895). Proyecto de psicología para neurólogos. En *Obras completas*. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu, 1990.
- Freud, S. (1900). *Die Traumdeutung*. Frankfurt am Main: Fischer Verlag GmbH.
- Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En *Obras completas*. Tomos IV y V.
- Lacan, J. (1936). Más allá del principio de realidad. En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores, 2011.
- Lacan, J. (1949). El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores, 2011.
- Lacan, J. (1946). Acerca de la causalidad psíquica. En *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores, 2011.